

Beech, la intolerancia tomando forma

Por Jordi Cañellas

Cuando hablamos de intolerancia, los terapeutas que conocemos el trabajo del Dr. Ricardo Orozco sobre los patrones transpersonales no podemos sino asociar este adjetivo a Beech, una de las flores de Bach.

Una flor usada con mucha frecuencia y no con menos éxito en el tratamiento de las alergias.

Pero al contemplar el haya, el árbol del cual se extrae la esencia a partir de sus flores tanto masculinas como femeninas, ¿que nos cuenta su signatura?.

Lo primero en que nos fijamos al pisar un hayedo es en las raíces, y nos fijamos porque de lo contrario caeremos sin remedio a sus pies, ya que las raíces sobresalen del suelo, copando todo el espacio alrededor del tronco, especialmente en árboles grandes. Tal es su entramado que otras plantas no pueden crecer al no encontrar espacio entre ellas. Por este solo aspecto pareciera que no gusta demasiado de compañía.

Su tronco, recto, grisáceo y de corteza muy delgada nos manifiesta que ante tanta delgadez bien podría Beech sentirse poco protegido, reaccionando con hipersensibilidad a todo aquello que se le acercara. Es también curioso que a pesar de observar arboles muy viejos, estos no manifiestan estar tan llenos de vida ajena (pájaros e insectos varios), como si se aprecia en, por ejemplo, los robles y encinas o castaños.



Preparando Beech por ebullición

El silencio en que uno se sumerge al penetrar en un bosque de hayas es casi total, pues ni las hojas crujen ante el espesor de las mismas, formando un lecho mullido que amortigua el ruido que tanto molestaría a Beech. Como no podría ser de otra manera Beech construye un bosque a su medida.

Pero la estrategia que mejor le funciona a la haya para apartar a los demás es esconderles la luz, ocultar el sol por encima de sus ramas de manera que apenas la penumbra cruza su sotobosque y así cualquier intento de medrar en tan umbrías condiciones se ve abocado al más estrepitoso fracaso.

Las hojas de haya saben disponerse en el espacio de tal manera que aprovechan al máximo la luz, hasta en su más ínfimo fotón. Y si toda la luz es para la haya, ¿qué le quedará a los seres que se atrevan a crecer bajo su sombra?. Apenas nada. Así, como dice Bach en su descripción, a una persona en estado Beech le convendría saber ver lo bueno de los demás, en lugar de fijarse solamente en lo malo, pero ¿cómo podrá ver lo bueno si no les deja llegar la luz?.



Flores masculinas de Beech

A nivel simbólico la luz sería una forma de decir conciencia y Beech es muy consciente de sí mismo (por algo recibe toda la luz), pero por su sensibilidad extrema y su avidez de perfección, a menudo no percibe la luz en los demás (no les deja recibirla, o dicho de otra manera, ve sólo las penumbras que a sus hermanos menores atenazan, pero se pierde sus luces también presentes. Quizás podríamos decir que Beech se ciega de tanta luz sobre sí mismo y entonces no puede ver nada más. Ensimismado en su luz (¿en su orgullo espiritual?) se cree en la verdad y a partir de aquí todos sus errores.

Viendo la planta podríamos resumir dos aspectos: uno su sensibilidad, manifestada por su delgada corteza (escasa protección egoica), y por las hojas que poseen cilios abundantes en su margen, señal de extrema sensibilidad en las relaciones con los demás. Eso lo llevaría a desear el aislamiento y a no tolerar aquello que le pudiera herir; otro aspecto sería su tendencia a un cierto egoísmo y orgullo al percibir tanta luz, que le hace pensar que está en la verdad y que los que se alejan de esta tienen, a la fuerza, que estar equivocados. Sea la que sea la causa que más pese, el resultado es el mismo, una manifiesta intolerancia, que de ser prolongada en algún aspecto mental o emocional del ser humano se termina manifestando en el cuerpo: piel atópica, alergias varias, intolerancias alimentarias, etc.

Es también interesante que su madera tiene propiedades antiinflamatorias, antiateromatosas y antitrombóticas, a nivel fitoterápico, lo que simbólicamente podemos asociar con propiedades antiagregantes en los tres casos, evitando la unión. Todo el ser Beech abocado a la búsqueda de la perfección (de la luz), con ahínco y rigidez (tronco), echa en falta mirar humildemente al suelo y aprender a relacionarse de nuevo con la oscuridad, que muy a pesar suyo ni sus raíces más superficiales pueden evitar. Y entonces aparecen las flores ofreciendo tal don y el árbol equilibra su polaridad como ser completo que es y los que tomamos su esencia aprendemos a ver la luz en todo rincón de la creación, con paz y silencio.